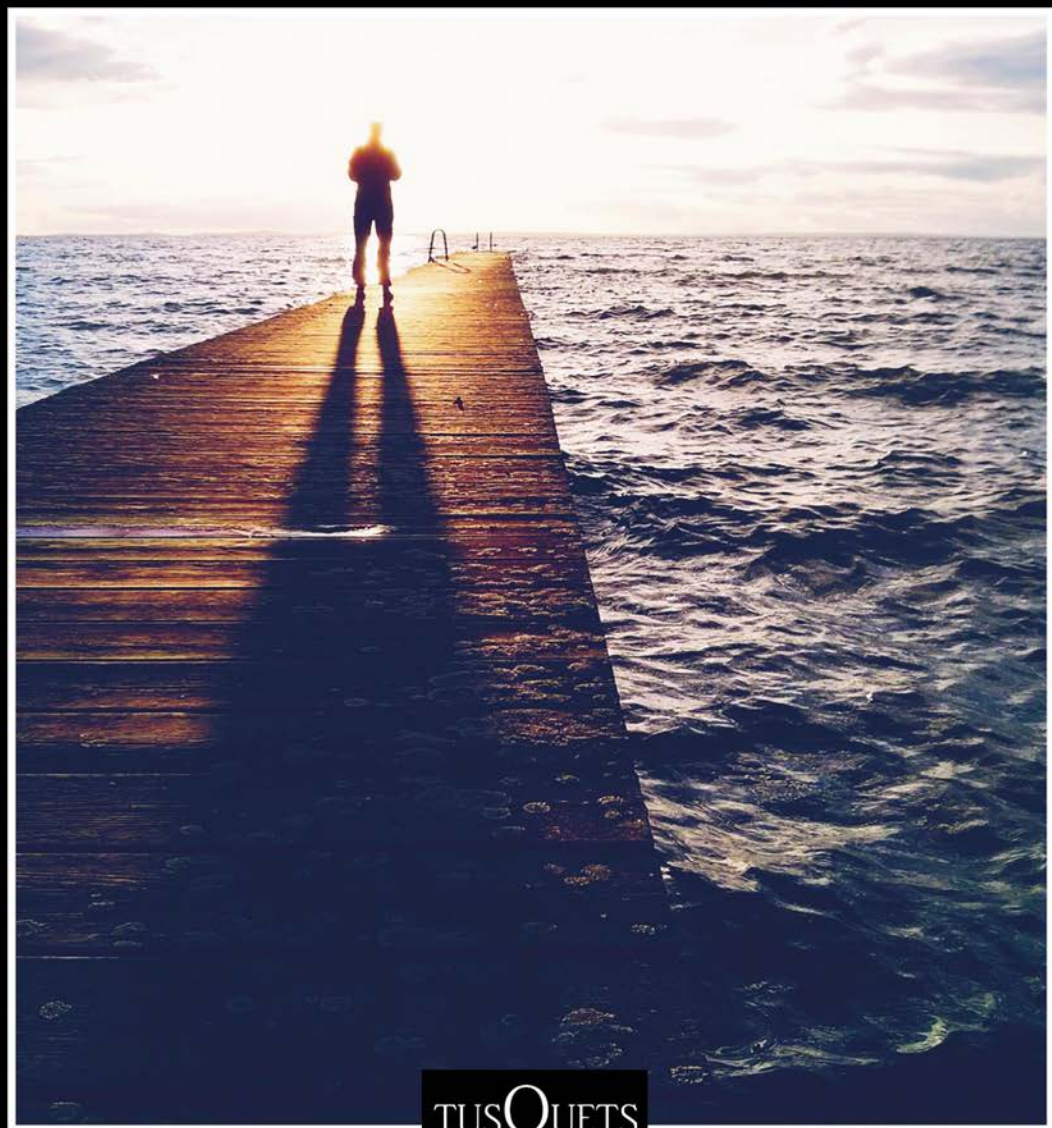


Henning Mankell  
BOTAS DE LLUVIA  
SUECAS

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

# BOTAS DE LLUVIA SUECAS

HENNING MANKELL  
BOTAS DE LLUVIA SUECAS

Traducido del sueco  
por Gemma Pecharromán Miguel

Primera parte  
El Océano de la Futilidad

Mi casa se quemó una noche de otoño hace casi un año. Fue un domingo. Había empezado a levantarse viento a primera hora de la tarde. Al anochecer pude ver en el anemómetro que las ráfagas de aire superaban los veinte metros por segundo.

El viento era del norte y muy frío a pesar de que aún estábamos a principios del otoño. Cuando me acosté a las diez y media, pensé que esa era la primera tormenta otoñal que cruzaba la isla que había heredado de mis abuelos maternos.

Otoño, pronto invierno. Una noche, el agua del mar empezaría a helarse lentamente.

Era la primera vez ese otoño que me metía en la cama con calcetines. El frío lanzaba su primera embestida.

El mes anterior había arreglado el tejado haciendo un gran esfuerzo. Fue un trabajo enorme para un pequeño artesano. Había muchas tejas viejas y rotas. Mis manos, que una vez sujetaron bisturís en complicadas operaciones quirúrgicas, no estaban hechas para manejar ásperas tejas.

Ture Jansson, que había sido cartero aquí afuera, en las islas, durante toda su vida profesional, pero ya estaba jubilado, se había encargado de transportar las tejas nuevas desde el puerto. No quiso ni siquiera cobrar por ello. Como yo he instalado una consulta improvisada en mi cobertizo para ocuparme de todos los achaques imaginarios de Jansson, quizá pensara que debería devolverme el favor.

Durante todos estos años he examinado abajo, en el embarcadero junto al cobertizo, sus supuestos dolores de brazos y espalda. He alcanzado el estetoscopio colgado de un señuelo

para cazar eíderes y he constatado que sus pulmones y su corazón sonaban como debían. En todos esos reconocimientos repetitivos, Jansson siempre ha demostrado encontrarse en perfectas condiciones. Su miedo a enfermedades imaginarias ha sido tan exagerado, que yo, durante los muchos años que ejercí de médico, nunca vi nada parecido. Ha sido cartero y, además, hipocóndrico a tiempo completo.

En una ocasión se quejó de un dolor de muelas. Entonces me negué a prestar atención a sus dolores. Si fue al dentista en tierra firme, eso ya no lo sé. Me pregunto si este hombre habrá tenido alguna vez una sola caries en los dientes. ¿No sería que le rechimbaban los dientes cuando dormía y que por eso le dolían?

La noche del incendio yo había tomado, como de costumbre, un somnífero y me dormí enseguida.

Me despertaron unas potentes lámparas que se encendieron de repente. Cuando abrí los ojos, la luz que me envolvía me cegó. Bajo el techo del dormitorio flotaba una nube de humo gris. Debí de haberme quitado los calcetines en sueños, cuando la habitación se calentó. Salí corriendo de la cama, bajé la escalera y entré en la cocina. Una penetrante y fuerte luz me rodeaba por todas partes. Vi que el reloj de pared de la cocina marcaba las doce y diecinueve minutos. Me puse como pude mi impermeable negro, colgado junto a la puerta de entrada, me calcé las botas de lluvia, una de las cuales me resultó casi imposible de poner, y salí a toda prisa.

La casa ya estaba totalmente incendiada. Se oía el fragor del fuego. Tuve que bajar hasta el embarcadero y el cobertizo para poder soportar el calor. Allí me quedé luego contemplando lo que pasaba. En esos primeros momentos no pensé en lo que habría ocasionado el fatal incendio. Observaba, sin más, cómo estaba ocurriendo lo imposible. El corazón me latía con tanta fuerza que creí que me iba a estallar dentro del pecho. El fuego me asolaba también por dentro con la misma intensidad.

El tiempo se fundió con el calor. Empezaron a llegar barcos con vecinos medio aturdidos. Pero nunca pude decir después cuánto tiempo duró ni quiénes vinieron. Mis ojos estaban clavados en el fuego y en las chispas que revoloteaban hacia el

cielo nocturno. En un instante aterrador me pareció ver de pronto las ancianas figuras de mi abuelo y de mi abuela al otro lado del fuego.

No somos muchos en las islas en otoño, cuando los veraneantes ya han desaparecido y los últimos barcos de vela han puesto rumbo a sus desconocidos puertos de origen. Pero alguien vio el resplandor de las llamas en la oscuridad de la noche. Después, el mensaje se difundió por teléfono y todos querían ayudar. Con el equipo de extinción de incendios de la guardia costera bombearon agua salada y la lanzaron contra la casa en llamas. Pero, naturalmente, la ayuda llegó demasiado tarde. Lo único que cambió fue que el incendio empezó a oler mal. Las vigas de roble quemadas junto con los paneles de las paredes, los empapelados y los suelos de linóleo despiden un tufo imposible de olvidar al mezclarse con el agua salada.

Al amanecer, todo lo que quedaba era una ruina humeante y maloliente. Entonces el viento empezó a amainar. La tormenta ya se había desplazado hacia el golfo de Finlandia.

De alguna manera el viento, junto con el fuego, había cumplido su perverso propósito y contribuido a que ahora no quedara nada de la hermosa casa de mis abuelos maternos.

Fue también al amanecer cuando, por primera vez, me atreví a preguntarme cómo se había iniciado el fuego. No había dejado ninguna vela ni ningún viejo quinqué encendidos. No había fumado y tampoco había prendido la vieja chimenea. Hacía solo un año que había cambiado el cableado eléctrico.

No había ninguna explicación. Era como si la casa se hubiera incendiado sola.

Como si una casa pudiera suicidarse a causa del cansancio, la edad y el tedio.

Me di cuenta de que me había equivocado en una idea esencial acerca de la vida. Tras haber realizado una intervención quirúrgica desafortunada, que supuso que una mujer joven perdiera un brazo, me vine a vivir aquí lejos hace muchos años. Entonces pensaba a menudo que la casa en que vivía ya estaba en pie el día que nació. Y que habría de seguir en pie el día que yo dejara de existir.

Pero por lo visto me equivoqué. Los robles, los abedules, los alisos y el único fresno seguirían existiendo cuando yo muriera. Sin embargo, de la hermosa casa solariega del archipiélago solo quedarían los cimientos de piedra, transportados hasta aquí sobre el hielo desde la cantera de Håkansborg, en la península, cerrada hace ya tiempo.

La presencia de Jansson a mi lado interrumpió mis pensamientos. Vestía un viejo overol de color azul oscuro. Llevaba la cabeza descubierta, pero tenía los viejos guantes de trabajo en las manos. Los conocía de los inviernos en que el hielo le impedía usar el barco y utilizaba su hidrocóptero para repartir el correo.

Jansson estaba observando mis botas de lluvia. Cuando miré hacia abajo, me di cuenta de que al salir huyendo me había puesto dos viejas botas verdes del pie izquierdo de la marca Tretorn. Ahora comprendía por qué me había costado tanto ponérmela. Y por qué me había resultado tan difícil moverme cuando di la vuelta alrededor de la casa en llamas.

—Te daré una bota —dijo Jansson—. Tengo varios pares en casa.

—Puede que haya un par abajo en la caseta —contesté yo.

—No —respondió Jansson—. Ya he mirado. Allí hay unos zapatos de cuero y unos viejos crampones de los que se ponían en las botas antiguamente, cuando mataban a palos a las focas afuera, en los islotes de rocas planas.

El hecho de que Jansson ya hubiera estado revolviendo en mi caseta era algo que no debería de haberme sorprendido, aunque en esta ocasión lo hubiera hecho pensando en mis dos botas del pie izquierdo. Que solía entrar en mi cobertizo era algo que yo ya sabía. Jansson era una persona entrometida. Hacía mucho tiempo que tenía el convencimiento de que leía todas las tarjetas postales que pasaban por sus manos, cuando los veraneantes iban a los embarcaderos para comprar estampillas.

Jansson me miró con ojos cansados. La noche había sido larga.

—¿Dónde vas a vivir? ¿Qué vas a hacer ahora?

No contesté, puesto que no tenía ninguna respuesta.



Me acerqué a las humeantes ruinas. La bota izquierda me rozaba. «Esto es cuanto poseo ahora», pensé. «Dos botas del mismo pie. Todo lo demás se ha esfumado. Ni siquiera tengo ropa que ponerme.»

En ese momento, cuando comprendí la magnitud de la catástrofe, un grito de lamento me recorrió por dentro. Pero no oí nada. Todo cuanto ocurría en mi interior carecía de voz.

Jansson volvió a aparecer a mi lado. Tenía una curiosa manera de moverse, como si tuviera patas en lugar de pies. Surge de la nada y de pronto está allí. Parece que sabe cómo mantenerse todo el tiempo fuera del campo visual de otra persona.

¿Por qué no había ardido su miserable casa de Stångskär en vez de la mía?

Jansson se estremeció como si hubiera adivinado mi agrio pensamiento. Pero comprendí que había hecho una mueca que él creyó que se debía a que se había acercado demasiado a mí.

—Puedes vivir en mi casa, naturalmente —dijo cuando se serenó.

—Te lo agradezco —respondí.

Luego reparé en la casa rodante de mi hija Louise, que estaba en un bosquecito de alisos, detrás de Jansson. Allí también había un roble grande que aún no había perdido todas sus hojas. La casa rodante todavía quedaba oculta bajo las ramas que colgaban.

—Tengo la casa rodante —dije—. Por el momento puedo vivir ahí.

Jansson me miró sorprendido, pero no dijo nada.

Todos los que se habían presentado durante la noche empezaban a volver a sus barcos. Sin embargo, antes de marcharse, se acercaron y me dijeron que, por supuesto, estaban dispuestos a ayudarme con cualquier cosa que necesitase.

Mi existencia había cambiado tanto en el transcurso de esas horas nocturnas que, ciertamente, de pronto, necesitaba de todo. No tenía ni siquiera un par completo de botas de lluvia.

Vi cómo desaparecía un barco tras otro. Los diferentes ruidos de los motores fueron desvaneciéndose.

Sabía quiénes eran todos y cómo se llamaban. Aquí afuera, en el archipiélago, hay un par de familias, los Hansson y los Westerlund, que destacan. Muchos de ellos están enemistados. Solo se ven en los entierros o cuando ocurre un naufragio o un incendio. Entonces cesan todas las hostilidades, para reanudarse después, cuando se ha restablecido la tranquilidad habitual.

Yo no llegaré nunca a formar parte de la comunidad en la que ellos viven, pese a sus luchas internas. Mi abuelo pertenecía a una de las familias más pequeñas de aquí afuera, los Lundberg, que durante generaciones lograron mantenerse al margen de los conflictos. Además, se había casado con una mujer que venía de la lejana Åland.

Yo tengo mis orígenes en estas islas, sin embargo, no pertenezco a ellas. Soy un médico fracasado que me he escondido en la isla que heredé. El hecho de ser médico es, naturalmente, un recurso que juega a mi favor. Pero nunca llegaré a ser un verdadero isleño.

Además, todos saben que me baño en invierno. Todas las mañanas me sumerjo en un agujero cortado con un hacha en el hielo y me baño. Entre los isleños esto despierta una enorme desconfianza. A ojos de la mayoría estoy loco.

A través de Jansson sabía que la gente sentía mucha curiosidad por el tipo de vida que llevaba. ¿Qué hacía yo aquí afuera, en mi solitaria isla? No pescaba, no participaba en la asociación cultural de las islas ni en ningún otro círculo social. No cazaba

ni me dedicaba a reparar mi deteriorado cobertizo o el dique formado por una estructura llena de piedras que sujetaba el embarcadero exterior, que el hielo había golpeado con dureza los últimos inviernos.

Los pocos vecinos que vivían todo el año aquí afuera me miraban, por lo tanto, con desconfianza. Sin embargo, los veraneantes que oían hablar del médico jubilado me consideraban bastante afortunado por poder volver al tranquilo archipiélago y liberarme así del ajetreo de una gran ciudad.

El año anterior atracó un yate grande de pasajeros en mi embarcadero. Cuando me acerqué para echarlos, una mujer y un hombre bajaron a un niño llorando que había sufrido una erupción cutánea. Habían oído hablar de un médico que vivía en las islas y me pidieron ayuda. Naturalmente, su preocupación hizo que abriera mi clínica del cobertizo. Sentaron al niño en el banco al lado del rincón donde aún cuelgan las redes de mi abuelo, y enseguida pude constatar que solo se trataba de una urticaria benigna. Tras hacerles varias preguntas, me quedó claro que al niño le había dado una alergia por comer frutillas recién cortadas.

Subí a mi cocina y busqué un medicamento para la alergia que se expendía sin receta y que ellos podían utilizar.

Después, naturalmente, quisieron pagarme. Pero no se lo permití. Permanecí en el embarcadero y vi desaparecer su ostentoso yate de paseo detrás de Höga Tryholmen.

Tengo siempre un gran maletín de medicamentos para mi uso personal. No se puede decir que sea un hipocondríaco, pero me gusta tener a mano las medicinas. No me quiero arriesgar a despertarme una noche con un infarto agudo de miocardio sin poder administrarme al menos el mismo tratamiento que recibiría en una ambulancia. Además de medicamentos e inyecciones, tengo también unas botellas de oxígeno.

Creo que otros médicos le temen a la muerte tanto como yo. Hoy quizá esté arrepentido de haberme hecho médico, algo que decidí cuando tenía quince años. Ahora me resulta más fácil comprender a mi padre, el camarero constantemente hastiado, que en cierta ocasión me observó disgustado y me preguntó si

de verdad pensaba que tenía sentido pasarme la vida metiendo cuchillos en los cuerpos de otras personas.

Entonces le respondí que estaba convencido de lo acertada de mi decisión. Pero lo que nunca revelé fue que jamás pensé que fuera capaz de obtener las calificaciones necesarias para poder acceder a los estudios de medicina. Cuando, para mi propia sorpresa, lo conseguí, no podía romper mi promesa.

En honor a la verdad, me hice médico porque así se lo había dicho a mi padre. Si él hubiera muerto antes de que yo terminara mis estudios de medicina, los habría interrumpido inmediatamente.

Lo que hubiera hecho entonces con mi vida no puedo ni imaginármelo. Probablemente me habría trasladado antes aquí, a casa de mis abuelos maternos. Pero no sé de qué habría vivido.

Los últimos barcos desaparecieron en la neblina del amanecer. El mar, las islas, estaban más grises que nunca. Al final, solo quedamos Jansson y yo. Salía humo de las malolientes ruinas. Aquí y allá se levantaban llamas en las vigas de roble derrumbadas. Me ceñí con fuerza el impermeable encima del pijama y di una vuelta a la casa carbonizada. Uno de los manzanos que había plantado mi abuelo se había puesto negro por las llamas. Parecía un bastidor de teatro. El bidón de lata para recoger el agua de lluvia se había fundido a causa del intenso calor. El césped alrededor de la casa estaba chamuscado.

Sentí unas ganas irrefrenables de gritar con todas mis fuerzas. Pero mientras siguiera allí el terco de Jansson, no podía hacerlo. Tampoco tenía fuerzas para echarlo de allí. Era consciente de que, ocurriera lo que ocurriese, iba a necesitar su ayuda.

Volví a acercarme a Jansson.

—Quiero pedirte un favor —le dije—. Necesito un teléfono móvil. El mío ha desaparecido al quemarse la casa.

—Tengo otro teléfono en casa, te lo puedo dejar —respondió Jansson.

—Solo hasta que me dé tiempo de comprar uno nuevo.

Jansson se dio cuenta de que yo necesitaba su teléfono lo antes posible. Bajó hasta su barco. Es uno de los últimos habitantes del archipiélago que tiene un motor semidiésel de bola

caliente que se arranca usando un soplete. Cuando repartía el correo, tenía un barco más rápido. Pero al día siguiente de jubilarse lo vendió y empezó a usar de nuevo el viejo barco de madera, que en su momento heredó de su padre. He oído de todo acerca de ese barco. Que fue fabricado en un pequeño astillero de Västervik en 1923 y todavía conserva el motor original.

Permanecí de pie junto a los humeantes escombros. Oí cómo Jansson ponía en marcha el volante de inercia. Su cabeza apareció en la ventanilla del puente de mando mientras agitaba la mano en señal de despedida.

Ahora, después de la tormenta, todo estaba en calma. Todo era silencio a mi alrededor. Una corneja posada en un árbol observaba los rescoldos. Agarré una piedra y se la tiré. Salió batiendo suavemente las alas.

Luego entré en la casa rodante. Me senté en la litera y me sumí en la tristeza y el dolor. Era una desesperación que se extendía hasta los dedos de los pies y me provocaba calor, como de fiebre. Grité tan fuerte que pareció que se abombaban las paredes. Me largué a llorar. No había llorado así desde que era niño.

Me acosté en la litera y miré la mancha de humedad que había en el techo de la casa rodante, que, de pronto, me pareció un feto. Toda mi niñez estuvo marcada por un miedo siempre presente a ser abandonado. A veces, por las noches, me despertaba y entraba con pasos silenciosos en el dormitorio de mis padres para comprobar que no se habían ido y me habían abandonado. Si no podía oír su respiración, temía que se hubieran muerto y me hubieran dejado solo. Entonces me inclinaba y acercaba la cara todo lo que podía hasta estar seguro de que sentía su respiración.

No tenía ningún motivo para temer que me abandonaran. Mi madre entendía que la misión de su vida era que yo siempre fuera limpio y llevara ropa bonita; mi padre opinaba que el peso de una buena educación era decisivo para tener éxito en la vida. Él no estaba casi nunca en casa, puesto que trabajaba todo el tiempo de camarero en diferentes restaurantes. Pero si en alguna ocasión tenía el día libre o estaba sin trabajo, después de que lo hubieran despedido por alguna insolencia contra el dueño del restaurante, era capaz de organizar conmigo su particular escue-

la de aprendizaje. Yo tenía que abrir la puerta entre la cocina y nuestro reducido cuarto de estar y simular que dejaba pasar a una mujer delante de mí. Él servía la mesa como para una cena de gala —en alguna ocasión incluso la cena de los premios Nobel—, con innumerables copas y cubiertos, para que yo aprendiera la etiqueta en el comer y en el beber y, además, conversara con las distinguidas damas que tenía a mi lado. Algunas veces tuve que representar a un galardonado con el Nobel de Física, otras, al ministro de Asuntos Exteriores sueco o al aún más distinguido primer ministro del Gobierno.

Era un juego que daba miedo. Yo me alegraba cuando mi padre me elogiaba, pero estaba continuamente preocupado por si cometía algún error en ese mundo en el que él me introducía. Siempre había una serpiente venenosa invisible escondida entre las copas y los cubiertos.

En una ocasión, mi padre, ciertamente, había servido en la cena de celebración de los premios Nobel. El puesto que tenía asignado para trabajar se hallaba al fondo junto a la mesa larga más alejada y, por lo tanto, no estuvo ni siquiera cerca de los miembros de la familia real o de los galardonados.

Pero yo tenía que aprender cómo se comportaba uno en situaciones que tal vez se me presentaran alguna vez en la vida, por más inverosímiles que fueran.

No puedo recordar que jugara conmigo cuando yo era niño. Lo que sí recuerdo, en cambio, es que aprendí a hacerme el nudo de la corbata y a ponerme pañuelos antes de cumplir los diez años. Doblar servilletas de forma artística también fue parte de mi infancia.

Debí de quedarme dormido finalmente. No es nada inusual que me refugie en el sueño cuando me veo en una situación difícil. A cualquier hora del día, e incluso en cualquier lugar, puedo quedarme dormido. Es como si me forzara a mí mismo a dormirme, de la misma manera que solía buscar escondites cuando era niño. Me buscaba espacios secretos entre los tachos de basura y las carboneras, en los patios interiores que había en los bloques de viviendas donde vivíamos. Buscaba arbustos impenetrables en diferentes sotos. A lo largo de mi vida he ido

dejando tras de mí un montón de escondites absolutamente desconocidos para los demás. Pero ninguno de ellos ha sido nunca tan eficaz como el sueño.

Tenía frío cuando me desperté. Mi reloj de pulsera había ardido donde lo dejé, encima de la mesita de luz. Salí y contemplé las cenizas humeantes. Algunas nubes deshilachadas se deslizaban por el cielo. Por la posición del sol, supuse que serían las diez o las once.

Bajé al cobertizo y abrí la puerta pintada de negro. Lo hice con cuidado porque las bisagras estaban mal. La puerta se puede desencajar si la abro con demasiada fuerza. Tenía un overol y un suéter viejo colgados de un clavo. Entre los viejos tarros de pintura había también un par de calcetines de lana que mi abuela había tejido para mí cuando era pequeño. Entonces me quedaban demasiado grandes, pero ahora me quedaban bien. Busqué en otra repisa, en la que había viejas baterías arrinconadas y herramientas oxidadas, hasta que encontré un gorro de lana con propaganda de un televisor que se vendía en la década de 1960. SIEMPRE LA MEJOR IMAGEN, decían las letras casi borradas del gorro.

Los ratones lo habían mordido. Parecían agujeros esponjosos tras el disparo de una descarga de perdigones. Me lo puse y salí.

Acababa de cerrar la puerta cuando descubrí que había una bolsa de papel en el embarcadero. En la bolsa había un teléfono, ropa interior y un paquete con sándwiches. Comprendí que Jansson había estado allí mientras yo dormía. También había escrito un mensaje en un sobre marrón roto: «El teléfono cargado. Quédate con él. Los calzoncillos recién lavados».

Junto a la bolsa de papel había una bota del pie derecho. A diferencia de las mías, que eran de color verde, esta era negra. Además, era más grande, porque Jansson tiene unos pies de buen tamaño.

En la bota había otra nota de Jansson: «Lo siento, no tengo verdes».

Me quedé pensando unos instantes por qué no habría traído también la bota negra del pie izquierdo. Pero Jansson se rige por una lógica que nunca he comprendido.